

EL BARRIO

En un país que nos han acostumbrado a considerar como exitoso, tanto desde Chile como de otras latitudes, hay múltiples muestras de descontento. Hay algo indefinible en el aire que nos trae molestos. En el tiempo en que el acceso a la universidad y también al jardín infantil son los más altos de nuestra historia, en que, pese a todas las disconformidades, tenemos la mejor infraestructura que jamás tuvimos, cuando la cobertura de salud es más amplia y nuestros viejos tienen más programas de recreación, cuando todo esto y más ocurre, tenemos uno de los índices más bajos de felicidad en América. ¿Paradójico?

A través de toda la historia los individuos vivieron principalmente en villas pequeñas donde desarrollaron su personalidad en lo que los antropólogos llaman el “grupo local”, las personas y familias que lo acompañaban desde la cuna hasta la muerte. El nacimiento de un bebé, la enfermedad de un anciano, el ruido del herrero eran acontecimientos sociales. Incluso después de que nos vinimos a las ciudades, las largas residencias en los barrios y la poca movilidad permitían conocer a los vecinos. Hoy día, nuestras ciudades masivas, los proyectos de viviendas mínimas agrupadas como trenes o la falta de espacios de encuentro, conspiran contra la posibilidad de conocerse y, por eso, de quererse e involucrarse con el otro.

Sin duda, muchos elementos de orden mundial y nacional influyen en esto. Entre otros, el *mercado cruel*, como dijera el ex presidente Patricio Aylwin, la necesidad de competir en todos los niveles casi desde que se entra a la sala-cuna, el endeudamiento y, una de las consecuencias de todo esto, el individualismo.

No es en su casa que los pobres pueden hacer vida social masiva, sino en la calle, pues la primera es muy pequeña o elemental. Pero la calle, el barrio, no ofrece muchas posibilidades tampoco. Recientemente conocimos los resultados de una investigación sobre barrios de población de bajos ingresos. Llama la atención la vehemencia y un cierto orgullo con que declaraban algunos pobladores “yo no me meto con nadie, no conozco a los vecinos”. Ese aislamiento es algo relativamente nuevo en nuestra sociedad y refleja el individualismo. Si no se conoce al vecino no se puede intercambiar la cultura, no se puede tener proyectos y visiones comunes y la fuerza de cambio que tiene la comunidad organizada, se ve fragmentada. Hemos sido exitosos en las soluciones de vivienda más que ningún otro país de Latinoamérica, pero tenemos barrios de muy mala calidad.

Urge la preocupación por el barrio. Se debe crear en cada uno centros con elementos de identidad y que produzcan orgullo. Debe haber lugares de reunión pensados para desarrollar la variedad de intereses de los vecinos, con especial acento en los niños. También sería bueno incentivar programas, como los festivales del barrio, la animación de juegos para los niños y las actividades culturales para jóvenes así como muchas actividades posibles para otros grupos de edad e intereses. Aspectos como éstos —que son muy pocos comparados con lo que la imaginación de todos puede inventar—, deben ayudar a crear un sentido del “nosotros”, de pertenencia y de ayuda mutua que en definitiva combata la soledad a que nos estamos acostumbrando y nos haga sentirnos parte de un proyecto común.

Roberto Lira Olmo,
Director